

**RESUMEN:
PERCEPCIONES,
PRACTICAS E
IMAGINARIOS DE
LA JUVENTUD
ESMERALDEÑA
SOBRE
RELACIONES DE
PODER Y
VIOLENCIA
BASADA EN
GÉNERO**

Ecuador 2020

INTRODUCCIÓN

El presente documento es el resumen ejecutivo del diagnóstico *Percepciones, prácticas e imaginarios de la juventud esmeraldeña sobre relaciones de poder y violencia basada en género*, realizado por Paz y desarrollo y ejecutada por la Fundación Lunita Lunera, consultora externa. Esta investigación se realiza con el apoyo financiero de la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AACID), con cargo al proyecto “Participación política y autonomía económica de mujeres y jóvenes para romper el círculo de la violencia de género, cantón Muisne, provincia Esmeraldas”.

A nivel nacional 6 de cada 10 mujeres en el Ecuador han vivido algún tipo de violencia basada en género, y 1 de cada cuatro mujeres ha sufrido violencia sexual, el 70,5% de mujeres que se han casado o unido por primera vez entre los 16 a 20 años son las que mayor violencia han vivido¹. Desde 2014 a marzo de 2020 se contabilizaron 748 mujeres asesinadas en el Ecuador, con 17 mujeres en solo los dos primeros meses del año 2020².

Según datos de la Encuesta de violencia contra las mujeres en Ecuador de 2019, el 64,9% de las mujeres ha sufrido algún tipo de violencia de género en algún momento de su vida. En la provincia de Esmeraldas el índice es de 68,2%. Si se contempla en qué ámbito se da esa violencia, el 42,8% de las mujeres han sufrido algún tipo de violencia de género por su pareja o ex pareja en algún momento de su vida a nivel nacional; para la provincia de Esmeraldas este indicador es del 48,6%. En Esmeraldas, el 61,7% de mujeres ha vivido violencia psicológica en algún momento de su vida, esta cifra es mayor que el índice nacional (56,9%).

En cuanto a la violencia física el 39,5% de las mujeres esmeraldeñas la ha vivido en algún momento de su vida, esta cifra también es mayor al promedio nacional.

La Ley orgánica integral para prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres³ no ha logrado transformar los patrones culturales fuertemente arraigados en formas de relacionamiento patriarcales, machistas y racistas, ni fortalecer el sistema de atención integral a mujeres víctimas y sobrevivientes de VBG; tampoco ha logrado integrar a la población LBGTIQ+ a estas políticas dejándoles por fuera del sistema de protección a víctimas de violencia basada en género.

En este escenario, la presente investigación pretende dar cuenta de los imaginarios, creencias y prácticas que se cuelean en las relaciones sociales y reproducen los diversos tipos de violencia basada en género. Para ello se diseñaron herramientas de diagnóstico participativo de educación popular implementadas en los cantones de Atacames (Tonchigue), Muisne y Esmeraldas. Y se registran a continuación los elementos más sobresalientes.

¹ Encuesta Nacional de Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres, INEC, 2011

² <http://www.fundacionaldea.org/mapas>

³ Ley orgánica integral para prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres. Quito, 2018.

Dada las similitudes de algunos hallazgos en los tres cantones, cada capítulo da vía a los discursos que más confluyeron en los espacios de reflexión desarrollados en ese cantón. Esto a fin de dinamizar la lectura y dar cabida a las diferentes expresiones dadas por las, los y les jóvenes.

LA VIOLENCIA BASADA EN GÉNERO DESDE LAS VOCES DE JÓVENES DE MUISNE

La participación a otros escenarios de reflexión ha permitido a las juventudes reconocer que los tipos de violencia más comunes en el territorio son la violencia psicológica (gritos y humillaciones en público), la violencia física (golpes, patadas) y la violencia sexual (violación o tocamientos). Sin embargo, a la hora de caracterizar y definir las violencias existentes en su entorno más inmediato el espectro de reconocimiento de las mismas es limitado, encontrándose gran tolerancia y aceptación a diversas relaciones de poder sumamente violentas y opresoras.



Las agresiones físicas son reconocidas como claras acciones violentas más por la población femenina que por la masculina, al igual que las acciones de acoso y violencia sexual. Los discursos que se tejen alrededor de esto se resguardan en ideas como “si hay confianza y la toco por molestar, no es violencia”⁴ para justificar los tocamientos sin consentimiento. Entre pares, la visibilidad de agresiones a la intimidad y al cuerpo de las otras personas puede verse matizada por patrones culturales que sostienen el contacto físico como algo propio de las relaciones sociales.

Por otro lado, basándose en valores otorgados a su sexo las mujeres siguen siendo concebidas como las responsables de la educación de los/las hijos/as y del sostenimiento del hogar. Incluso, para algunos hombres, el realizar labores domésticas puede llegar a ser violento. La reproducción de roles y estereotipos se da sobre el desconocimiento de los privilegios de las masculinidades y la invisibilización de la sobre carga laboral en las mujeres.

Se evidencia también que, para las mujeres es mucho más fácil visibilizar la violencia económica ejercida a través de la prohibición de la realización de actividades que generen ingresos

⁴ Expresión de jóvenes en taller de levantamiento de información.

económicos propios (59%) en contraste con los hombres, quienes consideran esto como violencia en un 33%.

La violencia simbólica - en especial la ejercida por medios de comunicación y la publicidad- es reconocida más por las mujeres que por los hombres. Una buena parte de las personas participantes de la investigación considera que la violencia basada en género es un problema de clases sociales que atraviesa principalmente a las familias y personas menos favorecidas económicamente.

Se considera que el ejercicio de la violencia y la reproducción social de la misma se origina en dos escenarios: i) de arriba hacia abajo: a través de la violencia institucional, el maltrato, la revictimización a las sobrevivientes, la indiferencia e impunidad del Estado ante las agresiones contra mujeres y los feminicidios; y, ii) la que se produce desde abajo: tiene lugar en el hogar, considerado el núcleo de la sociedad.

Las costumbres culturales junto con las lecciones aprendidas en el hogar fueron elegidas por el 77% de las personas de género masculino para explicar las causas de la VBG; además, un porcentaje significativo responsabiliza a la víctima, sea por transitar a horas y en lugares inadecuados (44% del género masculino y 24% del género femenino) o por una conducta inapropiada por parte de la víctima que genera la reacción violenta del agresor (29% del género femenino y 22% masculino). La creencia de que las mujeres suelen provocar los actos de violencia hacia ellas mismas tiene una considerable aceptación en el imaginario social de jóvenes muisneños/as.

Según las personas participantes de la investigación, la edad, la orientación sexual y la situación económica son los factores que pueden aumentar la vivencia de violencia basada en género. Dada la fuerte discriminación hacia la población LGBTIQ son muy pocas personas LGBTIQ+ las que se atreven a hablar de sus realidades. Pese a que en el discurso colectivo circula el respeto a todas las personas a vivir su sexualidad plenamente y el derecho a una vida libre de violencia, en la práctica los y las jóvenes autoidentificadas como cisgénero y heterosexuales aceptan y reproducen chistes y comentarios dirigidos a ofender o burlarse de las personas LGBTIQ+, consideran ofensivo que les confundan con la población LGBTIQ+, o que alguna persona del mismo sexo les manifieste su interés en ellas.

Frente a la vivencia de la sexualidad, se nota que las juventudes tienen conocimiento básico de los métodos anticonceptivos, pero no sobre rutas de acceso, características de los diferentes métodos, efectos sobre el cuerpo, etc. Prevalecen la vergüenza o falta de recursos económicos como principales limitantes para acceder a los mismos.

Las juventudes se mueven en un complejo campo de comprensiones en el que se mezclan claridades sobre el ejercicio de la sexualidad con estereotipos y roles de género presentes en el imaginario colectivo y reforzados constantemente por la sociedad. Así pues, se considera que hombres y mujeres poseen la capacidad de experimentar deseo sexual pero las mujeres lo

"controlan" o ejercen con "moderación"; o que, pese que ambas partes en una relación sexual puedan estar al tanto del uso de anticonceptivos la responsabilidad principal es de la mujer.

También se puede observar la interiorización de dispositivos de control moral que han construido a las mujeres como sujetos menos activos que los varones en las relaciones sexuales, el erotismo y el auto placer. A los varones, se les exige sostener estética y comportamientos que no pongan en duda su masculinidad.

Frente al reconocimiento de las personas como agresoras, el 65 % de las personas de género femenino y el 44 % de las personas de género masculino expresan no haber ejercido ningún tipo de violencia sobre otra persona. Las mujeres que manifiestan haber ejercido violencia sobre su pareja reconocen ejercer control a través de la revisión de celular y redes sociales, controlar salidas y llegadas e insultarles (con un 33% respectivamente). Los varones por su parte reconocen ejercer control sobre el celular y forma de vestir de su pareja (40% cada una) así como controlar con quien y cuando sale su pareja (33%). En lo que respecta a la violencia sexual explícita, ningún participante de género masculino reconoce presionar /obligar a hacer actos sexuales a sus parejas, mientras las mujeres si lo hicieron en un 6%.



Preguntamos a los/las participantes sobre su conocimiento y reacción ante alguna situación de VBG en su entorno: la totalidad de los hombres y el 88% de mujeres dice que ha visto o le han comentado alguna situación de este tipo. La reacción más común en el género masculino es enfrentar a la persona agresora (33%), mientras que el género femenino suele no saber cómo reaccionar (35%). El 18% de las mujeres y el 22% de los hombres manifestaron haber callado y no hecho nada frente a estos casos.

La reacción que tienen las personas ante el conocimiento de un evento de violencia es importante para leer la tolerancia social a la VBG. Que el 35% de las mujeres no sepa qué hacer en caso de vivenciar un evento de violencia deja ver el vacío existente en la divulgación de rutas de atención en casos de VBG. Los y las jóvenes también mencionaron como un elemento de su inacción la desconfianza en las instituciones del Estado y el sistema de justicia.

El miedo a ser revictimizadas, a ser juzgadas por su familia o entrono social hace que las mujeres decidan no denunciar estos casos de violencia (principalmente violencia sexual) que ocurre al interior de la familia o por parte de cercanos. Esto pone de manifiesto una preocupación latente

en las jóvenes: en los procesos de denuncia de casos de VBG la que es expuesta al juzgamiento social es la víctima mientras al agresor se le mantiene la mayoría de las veces en el anonimato.

LA VIOLENCIA BASADA EN GÉNERO DESDE LAS VOCES DE JÓVENES DE ESMERALDAS



En el cantón de Esmeraldas, dos de cada tres personas piensan que la VBG es un acto dañino contra otra persona, que no tiene que ver con la orientación sexual ni con la identidad de género de la persona violentada. Esto supone que el 69% de las personas participantes no identifican el género, la orientación sexual o el sexo como un factor diferencial de riesgo.

El constante contacto físico es una característica de la forma en que las personas esmeraldeñas se relacionan, en ello, el acoso o abuso sexual puede difuminarse entre las costumbres y ser difícil para las personas reconocer la violencia impresa en acciones cotidianas. Frente a la carga cultural de las relaciones dadas en un territorio es necesario decir que, si bien es difícil conocer, evaluar, y reconfigurar las matrices de comportamiento de cada grupo poblacional, es necesario tener una lectura respetuosa y al mismo tiempo crítica de cómo las condiciones culturales, geográficas

e históricas pueden llegar a funcionar como encubridoras y reproductoras de diversos tipos de violencias. Y construir una postura contundente de rechazo hacia la violencia en todas sus expresiones.

Para profundizar en las causas de la VBG, la mayoría de personas se acogieron a tres explicaciones para dar cuenta del fenómeno social: 1. Costumbres, culturales y tradiciones, 2. Problemas con el alcohol y las drogas y 3. Problemas mentales. Cabe reseñar que sólo personas de género masculino identificaron patologías mentales como causas de violencia, así como que la violencia es una consecuencia al comportamiento inadecuado de la víctima.

Aunque en menor medida que otros cantones, es reiterativo el hecho de que la cultura del contacto y la forma de ser "provocativa" de las mujeres se use para minorar y justificar las agresiones. El consentimiento en los y las jóvenes es un asunto que no solo pasa por la expresión verbal explícita de la persona, sino que también se obtiene a través de gestos y actitudes (señales que da la otra persona). Es decir, varones y mujeres, pero mayoritariamente varones, consideran que en ocasiones una persona no dice literalmente que desea hacer algo, pero sus acciones "dan a entender" que así lo quiere.

En cuanto a la relación de las personas con su cuerpo y vivencia de sexualidad, la relación negativa que las mujeres establecen con su cuerpo y su ciclo menstrual, la comprensión limitada de los procesos hormonales, del aparato reproductor, del placer, del deseo, de la masturbación, etc, son resultado de la carencia y sesgada educación sexual que se imparte en la familia y en la escuela.

El desarrollo físico marca una etapa diferente que incluye nuevas formas de asumir el cuerpo subjetivamente y de ser percibido por la sociedad. Los y las jóvenes se encuentran solos/as en este proceso, con información falsa o tergiversada y con un sin número de prohibiciones y demandas sociales sobre su comportamiento, su estética, su deseo.

La vida social de las mujeres, una vez tienen la menarquía cambia radicalmente, se les indica que ser mujer es un factor de riesgo en sí mismo y por ello ya no deben usar el espacio público con la misma libertad que los varones. Además, deben cuidar la forma en que viven y exploran su identidad sexual, de género, etc, pues cualquier cosa puede ponerlas en situaciones de peligro (embarazos no intencionados, violencia sexual, etc).

El inicio de la actividad sexual entre los y las encuestados/as tiende a ser a partir de los 15 años de edad. La mayoría tuvo una relación consentida, aunque un 17% de las participantes afirma que no lo fue⁵. Al indagar la experimentación de algún tipo de violencia a lo largo de su vida se identificó que son las mujeres (78%), las personas mestizas (75%) y las personas homosexuales (78%) quienes más han vivido algún tipo de violencia basada en el género.



Los y las jóvenes expresaron que no existen lugares seguros para las mujeres ya que en mayor o menor medida todas se han sentido violentadas en los espacios sugeridos. El 67% de personas del género femenino reporta que quien ejerció violencia sobre ellas fue un familiar, o un amigo

⁵ Ese dato sólo tiene en cuenta la primera relación sexual, no contabiliza actos o acciones sexuales violentas que hubiesen tenido lugar antes de ese momento, como intimidación, tocamientos o acoso.

cercano a la familia, y un 33% reporta violencia por parte de su (ex) pareja sentimental. El agresor o agresora en el género masculino es identificado como un familiar o amigo cercano a la familia (40%) y un desconocido (40%).

Finalmente, el 100% de los y las participantes indicaron haber tenido conocimiento de alguna situación e VBG en su entorno inmediato. Ante el evento de violencia las personas suelen sugerir a la víctima/sobreviviente que denuncie al agresor/a aunque esto no siempre se logra, según ellos, debido a que no conocen dónde hacerlo, las mujeres tienen temor a las represalias, o temen que la denuncia potencie los eventos de violencia y/o dependen económicamente de los agresores.

LA VIOLENCIA BASADA EN GÉNERO DESDE LAS VOCES DE JÓVENES DE ATACAMES



Los resultados más destacados de Atacames indican que, solo 23% de los hombres y 72% de las mujeres considera que manipular económicamente a una persona para tener favores sexuales o afectivos es violento. Pero esta no es esta la única forma de violencia económica. En el ámbito privado el 77% de los hombres consideran que prohibir que una mujer trabaje y obtenga sus recursos propios no es violento y un 46% de las mujeres si considera esta prohibición como violenta. Los jóvenes consideran que, por sí

mismo, el hecho de depender económicamente de la pareja no es una práctica violenta si ha sido una decisión consensuada.

Dentro de las causas de la VBG más reconocidas por los y las participantes fueron las costumbres culturales y la tradición. Un 31% de las mujeres cree que las costumbres culturales ayudan a reproducir en la VBG, sintiendo que viven en una sociedad con una mentalidad profundamente machista.

Las juventudes reconocen, además, que los factores de riesgo son mayores si no hay una adecuada educación sexual en la adolescencia ya que “a esa edad se comienza a tener relaciones sexuales, algunas salen embarazadas y al hombre le toca dejar de estudiar para mantenerles, las mujeres

algunas siguen en el colegio y a otras no les deja estudiar el marido”⁶. En cualquiera de los casos pareciera ser que la única opción de la mujer es someterse al cuidado y disposición de su pareja para asegurar los medios de subsistencia y es por ello que ser controlada por su pareja es uno de los actos violentos que más viven, y más toleran, las mujeres (33%).

Solo un 18% de hombres y de mujeres identifica que la VBG nunca se justifica, esto indica que no existe un rechazo generalizado a la VBG. La mayor justificación a la VBG es la infidelidad, más del 30% de hombres y de mujeres aseguran que se justifica agredir a la pareja cuando esta es infiel. La construcción de un amor romántico que enraíce el sentimiento de propiedad privada, es decir propiedad sobre el/la otra, lleva a justificar la violencia como respuesta a la infracción de esa idea de reciprocidad y de propiedad que se crea frente a la pareja.

Por otro lado, se nota que predominan las generalizaciones y los juzgamientos a la población LGBTIQ+ con base a prejuicios que se tiene sobre ellos. Adicionalmente evidenciamos que hay vacíos en términos de educación sexual y convivencia que hacen que para la sociedad esmeraldeña sea inadmisibles explicarle a un niño o niña las expresiones sexuales diferentes a las heteronormadas.

La incompreensión y desconocimiento sobre la construcción del género y las diversidades sexo genéricas se evidencia en la lectura binaria de todas las relaciones, según la cual una relación homosexual funciona únicamente en los términos binarios hombre – mujer, donde alguna de las dos partes representa y cumple las funciones asignadas socialmente a un rol específico, es decir que hay un hombre y una mujer en toda relación homosexual. El segundo prejuicio es que todos los homosexuales quieren parecer mujeres y que aquellos que no lo hacen es por miedo o por guardar respeto a su familia, es decir, se entiende la producción de un yo exterior como algo vergonzoso en tanto no se ciñe a la norma. Atacames resulta ser un cantón en el la población LGBTIQ+ está significativamente invisibilizada en los espacios juveniles.

En cuanto a la vivencia de la sexualidad y las relaciones sexuales, el 40% de las personas de género masculino aseguraron que fue entre los 10 y los 14 años que iniciaron su vida sexual. Los 15 años marcan el inicio de una nueva etapa ya que, por lo general, el desarrollo físico se da en esta edad. En las mujeres se inaugura esta edad con el rito de los 15 años, una fiesta que involucra el cambio de zapatilla y donde se asegura a las adolescentes que ya “son mujercitas”. Es de resaltar que la totalidad de las personas encuestadas iniciaron su actividad sexual entre los 10 y los 18 años.

Es particular el caso de Atacames en comparación con la tendencia de Muisne y Esmeraldas. El 58% de las mujeres asegura no haber vivido ningún tipo de violencia por parte de su pareja y tan solo un 18% de los hombres asegura no haber experimentado algún tipo de violencia por parte de su pareja. Los hombres son quienes más identifican ejercer violencia contra sus parejas sexo

⁶ *Ibíd*em

afectivas. Esta va desde controlar el celular y las redes sociales hasta controlar la vestimenta y las relaciones con los demás.

Existe continuidad en estos datos con los obtenidos en Muisne y Esmeraldas en tanto son los hombres quienes más se auto reconocen como agresores y las mujeres como agredidas. Igualmente, las mujeres en todos los cantones son quienes aseguran experimentar y reconocer una gama mucho más amplia de violencias en sus vidas. El 58% de los varones reconoce que ha ejercido violencia sobre otras personas siendo "golpear a la pareja" y "conocer con quién su pareja sale, dónde y cuándo" las más frecuentes.



Sumado a todo lo anterior, se encontró que el 31% de los hombres y 28% de las mujeres no saben cómo reaccionar frente a estos hechos lo que pone de manifiesto nuevamente que es necesario replantear los canales de difusión de las líneas de acción frente a la VBG. No obstante, esto no es razón para no hacer nada ya que las respuestas fueron diversas y solo un 13% de mujeres y un 19% de hombres aseguran que no hicieron nada frente a estos casos.

En Atacames sigue siendo el hogar el espacio donde mayormente se identifica VBG por parte de las mujeres con un 63%. En Tonchigüe un 11% de las mujeres frente a un 31% de los hombres experimenten acciones violentas en espacio público.

CONCLUSIONES

Los y las jóvenes participantes de esta investigación, en su mayoría ya habían participado de algún espacio de sensibilización frente a la VBG como problema social, ello hizo posible ver contradicciones entre algunos discursos de respeto a diversidad y no violencia (adquiridos en los espacios de formación) y las creencias e imaginarios arraigados en su estructura de pensamiento y acción. Así pues, a los discursos del derecho a una vida sin violencia se contraponen comentarios sexistas y homófobos que dan cuenta de lo complejo que es transformar las estructuras de acción y pensamiento de una sociedad machista.

Se resalta que la participación de población LGBTIQ+ fue significativamente baja, lo que limitó el análisis de violencias específicas atravesadas por formas diversas de habitar el género, el erotismo y la sexualidad fuera de las hegemónicas.

Frente a los imaginarios y creencias sobre la violencia basada en género...

Aunque las personas participantes dicen conocer las diferencias entre género y sexo las reflexiones suscitadas alrededor de las diversidades sexo genéricas dan cuenta de que no es clara la diferencia entre estos términos, tampoco comprenden a cabalidad qué es identidad de género y orientación sexual.

Suelen reducir las diversas dimensiones de la sexualidad a los referentes de lo femenino y lo masculino, definiendo qué es ser homosexual o lesbiana, o perteneciente a la población LGBTIQ+, en función de juicios de valor enmarcados en la matriz binaria y reforzados por la carente educación sexual y las creencias religiosas. Esto genera una gran cantidad de prejuicios frente a la población LGBTIQ+.

En general, aunque la violencia psicológica es la más reconocida en las relaciones sociales de los y las jóvenes también es la más naturalizada. Con algunas diferencias en cada cantón, la violencia psicológica, simbólica y económica son las más difíciles de caracterizar e identificar. Esto hace que, en las relaciones sociales, especialmente en las relaciones sexo-afectivas, se toleren diversas expresiones de control y ejercicio de poder sobre el otro/la otra.

Existe un numeroso listado de justificantes para el ejercicio de la violencia, haciéndola admisible en casos como la infidelidad, o el andar por lugares y con ropa inadecuada, el provocar al agresor, o el estar bajo efectos del alcohol o sustancias psicotrópicas. Este escenario hace de Atacames, Muisne y Esmeraldas espacios con alta impunidad legal, banalización de la VBG como problema social y bajo rechazo social hacia los agresores.

Los y las jóvenes entran en conflicto cuando se habla de prácticas arraigadas a la cultura que podrían ser violentas. Comportamientos considerados “propios de los/las esmeraldeñas” empiezan a ser cuestionados, y las juventudes recurren a las costumbres y los códigos culturales para justificar por qué no deben ser considerados violentos. Sin embargo, la posición de algunas personas del género femenino que cuestionan las costumbres locales hace que estas discusiones no tengan un cierre conclusivo. También se evidencia el inexistente cuestionamiento por parte de los varones a los privilegios instaurados sobre la masculinidad esmeraldeña.

El ejemplo más claro y presente en todos los grupos es el referente a los tocamientos entre pares. Justificado en el contacto físico como algo “muy común y normal” en las personas de la provincia la mayoría de personas no ven violencia en tocar ciertas partes del cuerpo a un compañero/a; sin embargo, voces disidentes expresan que estas prácticas pueden generar incomodidad y han venido soportándose por mucho tiempo solo porque se consideran admisibles culturalmente.

El consentimiento también es una noción que genera conflictos pues está sujeta a las interpretaciones que una parte hace de los comportamientos y actitudes de la otra parte.

Generalmente son las personas del género masculino quienes defienden esta lectura no sin encontrar disidencia en las mujeres que sostienen que “un NO, es un NO” aunque se dé a último momento.

Las personas pertenecientes a las diversidades sexo-genéricas están más expuestas a vivir VBG solo por su orientación sexual. La discriminación a la población LGBTIQ+ desde los diversos campos sociales hace que Muisne sea para ellos un territorio violento: ni el hogar, ni la escuela son espacios seguros. La realidad de Esmeraldas y Atacames no es significativamente diferente. Este grupo poblacional carece de espacios públicos seguros donde confluír, expresarse y construir.

En cuanto al cuerpo y el ejercicio de la sexualidad...

Las mujeres afrodescendientes han vivido un control intenso sobre su cuerpo que les ha hecho entrar en relación conflictiva consigo mismas. Siendo esto una clara violencia simbólica sobre los cuerpos sexuados y racializados.

Los imaginarios sobre el paso de la niñez a la pubertad suponen prácticas coercitivas, sobre todo en las mujeres. La relación negativa con el cuerpo parece iniciarse en la pubertad y ser difundida por el círculo familiar; quienes se refieren a la menstruación como “enfermarse” asociando en negativo el proceso biológico de la menstruación. Este momento del ciclo vital en las mujeres viene acompañado de prohibiciones: no poder jugar con hombres, no poder salir a la calle y el deber de vigilar la sexualidad puesto que se puede producir un embarazo. En los hombres no se evidencia una vigilancia tan estricta sobre su cuerpo y sexualidad en el tránsito a la adolescencia.

Las juventudes poseen nociones básicas de métodos anticonceptivos e infecciones de transmisión sexual, pero no hay espacios seguros para hablar de sexualidad, rutas de acceso a métodos anticonceptivos, efectos, riesgos, prevención de embarazos no intencionados, entre otros de manera abierta libre de miedos y prejuicios. Muestra de ello es la noción limitada de la sexualidad relacionándola exclusivamente a relaciones sexuales, métodos de planificación e ITS, dejando por fuera de la reflexión dimensiones como el placer, el erotismo, el autoconocimiento y la prevención de VBG.

Frente a la vivencia y ejercicio de violencia basada en género...

La mayoría de personas manifiestan haber sido violentadas psicológicamente seguido por la violencia física, siendo la población femenina la más afectada. Frente al reconocimiento como personas que han ejercido violencia sobre otras, las personas de género femenino reconocen ejercer con mayor frecuencia violencia psicológica. El género masculino por su parte reconoce ejercer control sobre el celular y forma de vestir de su pareja, controlar con quien y cuando sale su pareja. En lo que respecta a la violencia sexual explícita, el índice de personas del género

masculino que reconoce presionar /obligar a hacer actos sexuales a sus parejas es significativamente bajo, en comparación con el mismo índice en el género femenino.

Se puede inferir que, aunque existe una alta naturalización de la violencia hacia las mujeres, los varones saben que existe un rechazo social a la VBG que crece rápidamente gracias a las campañas de sensibilización y prevención, y temen reconocerse como agresores. También saben que la violencia sexual es un delito y que obligar a otra persona a tener relaciones sexuales es un delito.

A los y las jóvenes les cuesta hacer ejercicios críticos e introspectivos en donde se reconozcan como víctimas/sobrevivientes y/o agresores/as. Así pues, algunas acciones violentas se justifican en el chiste, el juego o la confianza entre pares. Los varones en su mayoría tienen expresiones como "es solo una broma, no es violencia" para justificar tocamientos, chistes homófobos o misóginos; otros evaden reflexiones de autocrítica desviando la atención hacia la poca mención que se hace a la violencia vivida por los varones. Las mujeres tienen una postura más clara al respecto, sin embargo, buena parte de las mujeres jóvenes justifican y minimizan las agresiones vividas.

Aquellos varones que se muestran reflexivos justifican la no violencia contra las mujeres con argumentos como "porque vengo de una mujer que es mi mamá y creo me ofendería que tratarán a mi mamá así y por lo tanto a mi mujer, y no quiero que traten mal a una mujer". El reconocimiento de las mujeres como pares, ciudadanas, sujetas de derechos en igualdad parece confundirse con el respeto basado en el afecto y la filiación. Una lectura que contiene una idea de las mujeres (madres, hermanas, tías, novias...) como sujetos que requieren protección y defensa (generalmente de un varón).

La tradición y los códigos culturales son argumentos muy presentes en la justificación de acciones violentas manteniendo la lógica de relaciones de poder entre hombres, mujeres y personas LGBTIQ+ como algo natural.

El hogar, junto con la escuela, son los lugares donde más se experimenta violencia. Al ser un espacio de aprendizaje de códigos culturales y tradiciones la escuela y la familia reproducen una pedagogía violenta del cuerpo y la sexualidad, además de ser ejecutora de violencia a través de figuras de poder como docentes o familiares.

La tolerancia a la violencia también se sostiene en la desconfianza en las instituciones estatales, la insensibilidad y desconocimiento de la sociedad sobre este tema. Las víctimas/sobrevivientes reciben juzgamientos constantes mientras al victimario se le mantiene en el anonimato.

La comprensión de las causas de la VBG como factores externos al control del sujeto (alcoholismo, drogadicción, problemas mentales, costumbres) sumado a la idea de que las víctimas/sobrevivientes pueden provocar los eventos de violencia, aporta a la construcción de territorios altamente tolerantes a la VBG. Esto produce un escenario hostil para las personas que viven violencia y desean hablar de ello y/o denunciarlo por lo que el silencio predomina.

Los factores de riesgo (pobreza, consumo de sustancias psicoactivas) son concebidos como causas de la VBG y esto limita una lectura profunda y estructural de los patrones culturales que se reproducen en cada esfera de la sociedad para sostener la VBG. Si bien los patrones culturales son reconocidos como causas de la violencia, es muy reducido el cuestionamiento que se hace a los mismos, dada la naturalidad que se les imprime.

La dependencia económica es un factor de riesgo presente en todos los cantones y en la realidad de las mujeres. No poder abandonar a su pareja ante alguna agresión por miedo a perder el sustento propio o de sus hijos obliga a algunas mujeres a tener que convivir con sus agresores para garantizar sus medios de subsistencia.

Frente al territorio, las violencias y respuestas de las juventudes...

Faltan espacios seguros donde poner en escena todo lo que significa la violencia basada en género, cómo opera, develarla a nivel territorial al tiempo que se plantean otras formas, no violentas, de realizar los proyectos de vida de cada persona.

Las juventudes sienten que socialmente no son un actor importante y por ello no reciben atención de las autoridades gubernamentales, lo cual genera un desinterés por los asuntos públicos y la participación ciudadana de parte de algunas personas participantes. Aun así, existen diversos perfiles de liderazgo que carecen de formación política, entendida esta como el fortalecimiento de competencias ciudadanas que dinamicen la construcción y ejecución de políticas públicas.

Desde algunos espacios institucionalizados las juventudes están intentando movilizar acciones para generar entornos protectores y de oportunidades, tal es el caso del consejo consultivo en Muisne. Sin embargo, el mayor apoyo proviene de las ONGs pues el Estado no tiene inversión ni económica ni técnica significativa en este campo.

En el marco de estas nociones y creencias de los jóvenes frente a la VBG, ellos y ellas mismas plantean necesario luchar contra la violencia basada en género a través de campañas de sensibilización (que no sean cátedras tradicionales sino con metodologías que logren cuestionar a los y las Esmeraldeñas sobre costumbres y comportamientos violentos), talleres para jóvenes y mayor participación en la construcción de políticas públicas.

RECOMENDACIONES

- ✓ **Investigaciones sobre las realidades de la población LGBTIQ+:** se sabe muy poco sobre las realidades de la población, las violencias explícitas a las que son sometidos dada su orientación sexual o identidad de género. Sin embargo, se sabe que no suelen ser considerados como víctimas/sobrevivientes de VBG y que, si lo fueran, la legislación en el campo solo contempla a *las mujeres en su diversidad*.

- ✓ **Espacios seguros y entornos protectores para personas LGBTIQ+:** La dificultad para acceder a los relatos de las personas LGBTIQ+ tiene que ver con el entorno hostil y discriminatorio en el que se desenvuelven. La autoprotección dificulta el que puedan hablar abiertamente sobre sus realidades, por ello es indispensable trabajar en la construcción de entornos protectores, entendidos estos como espacios comunitarios libres de discriminación. Se sugiere que este trabajo vaya acompañado de espacios seguros donde confluir como grupo poblacional con necesidades e intereses específicos (cuidando de que estos espacios no sean estigmatizados).
Estos espacios pueden estar anclados a instituciones de salud, educativas, o ser comunitarios.
- ✓ **Sensibilización:** Es necesario generar múltiples espacios de reflexión en los que se comprenda la VBG como relaciones de poder sostenidas en todas las dimensiones sociales por múltiples dispositivos de control y ejercicio del poder, en el que no todas las personas se ven afectadas, o beneficiadas, de igual forma. Las personas tienen una lectura limitada del problema, lo que hace que los discursos sobre VBG sean contradictorios y la culpabilización a las víctimas demasiado alta.
Los padres/madres de familia, los docentes y todo el cuerpo escolar deben acceder a estos espacios, donde por medio de metodologías de aprendizaje significativo y para la transformación se generen cuestionamientos profundos al sistema de relaciones de poder que genera sufrimiento en determinados grupos poblacionales, e incentive sobre la responsabilidad y la agencia de cada actor en la reproducción o erradicación de la VBG.
- ✓ **Estrategias creativas de transformación de patrones culturales desde el micro y el mesosistema:** Se tiene la percepción de que los talleres y espacios de sensibilización son necesarios pero insuficientes. Por eso se sugiere que los procesos de formación y sensibilización vayan acompañados de estrategias y herramientas de (auto) crítica y transformación individual y colectiva, que inviten a las personas a creer que la transformación de las relaciones sociales sí está en sus manos, si pueden hacer la diferencia.
- ✓ **Difusión de rutas de atención:** la población no conoce las rutas y protocolos a seguir cuando se evidencia un caso de VBG. Este conocimiento debe circular de manera clara y pedagógica tanto entre funcionarios/as públicas como entre las lideresas y líderes, barriales, colegios, etc.
- ✓ **Estrategias comunitarias de respuesta ante la VBG:** la transformación de patrones culturales que producen la VBG es responsabilidad de todos los sectores sociales. La organización comunitaria históricamente ha sido una estrategia efectiva para transformar realidades locales. Por ellos se sugiere acompañar e incentivar estrategias colectivas de respuesta ante casos de VBG que, lejos de ser una instancia paralela a las responsabilidades del Estado, actúen como espacios solidarios y activos ante la protección de víctimas y sobrevivientes.
- ✓ **Fortalecimiento de liderazgos juveniles para la incidencia política:** las juventudes quieren y necesitan cambiar la realidad para mejorar sus condiciones de vida. Existen múltiples líderes y lideresas que tienen las habilidades, pero carecen de apoyo, capacitación, asesoría sobre el trabajo de base, la participación ciudadana y la incidencia política. Por

ello, los espacios de fortalecimiento no deben ser solo sobre conocimientos técnicos, sino que deben complementarse con escuelas de liderazgo y desarrollo de habilidades en el ejercicio del mismo.

- ✓ **Campañas de sensibilización y prevención:** los espacios más inseguros son los hogares, las escuelas y las calles. Las campañas constantes de sensibilización y prevención informan de manera amplia a la comunidad sobre señales de alerta, acciones violentas que deben recibir además de la sanción penal una sanción social, y contrarresta la indiferencia colectiva fortaleciendo la conciencia colectiva sobre un problema social.
- ✓ **Asesoría al sector educativo en educación sexual:** todas y todos hemos sido formados en un sistema patriarcal que incentiva las relaciones desiguales entre los géneros y las diversidades sexuales. Aunque se sea sensible al tema es necesario fortalecer al sistema educativo con metodologías y herramientas que fomente lazos de confianza y genere información libre de miedos y temores.
- ✓ **Asesoría y acompañamiento a gobiernos locales en la construcción y ejecución de políticas públicas para la prevención y erradicación de VBG integral y con perspectiva en derechos humanos:** Los gobiernos locales no siempre cuentan con la asesoría técnica para hacer políticas públicas participativas y de impacto, por ello la construcción, difusión y ejecución de ordenanzas, programas y proyectos dirigidos a la prevención de VBG deben contener el enfoque de derechos, de género, generacional e intercultural de manera interconectada y plantear estrategias en función a las realidades locales.
- ✓ **Acompañamiento y fortalecimiento a Mesas cantonales de Género y redes de la sociedad civil** que trabajen por erradicar la VBG: Este apoyo debe ser financiero y técnico.
- ✓ **Acompañamiento, asesoría y/o incidencia en construcción y ejecución de políticas públicas dirigidas a juventudes:** Las políticas dirigidas al desarrollo integral de las juventudes deben considerar la inclusión económica con enfoque de género, la ocupación del espacio público, la construcción y conservación cultural, etc. Se sugiere crear espacios de diálogo ciudadano, así como asesoría técnica a los Gobiernos Autónomos descentralizados en construcción de política pública con enfoque intergeneracional.

Realizado por: Equipo consultor - Fundación Lunita Lunera